

El Movimiento Pugwash y los frutos de una labor fecunda

Rafael González Rubí*

A caso la lección más funesta que las grandes potencias extrajeron de la segunda guerra mundial fue la "necesidad" de acrecentar su potencial militar, en especial mediante el vertiginoso avance de la tecnología bélica. Aunque la creación de la ONU reanimó las aspiraciones de una paz internacional duradera, las tensiones y los conflictos entre los dos bloques geopolíticos de poder pronto ensombrecieron esas esperanzas. Con el desencadenamiento de la "guerra fría", la carrera armamentista se intensificó en forma extraordinaria. Hacia mediados de siglo terminó el monopolio estadounidense de las armas nucleares, cuyo desarrollo adquirió una importancia estratégica decisiva y se transformó en la principal amenaza contra la humanidad. En 1952, apenas siete años después de la devastación de Hiroshima y Nagasaki, Estados Unidos detonó en las islas Marshall una bomba de hidrógeno perteneciente ya a la segunda generación de armas atómicas. Junto con la guerra que asolaba entonces a Corea, donde el conflicto Este-Oeste pasó sin ambages al campo de batalla, la nueva demostración de la creciente capacidad destructiva termonuclear ahondó las preocupaciones acerca de una posible hecatombe planetaria y sus infaustas secuelas.

Los científicos y la paz

Frente al riesgo del desastre, el tema de la paz y la seguridad internacionales ocupó un lugar cada vez más relevante. Si bien desde las primeras pruebas de armas atómicas surgieron voces de advertencia contra ellas, seguidas por largos debates sobre la responsabilidad moral de los científicos involucrados, los esfuerzos por prevenir el peligro nuclear fueron aislados o de carácter individual. Una de las pocas excepciones fue el de la revista estadounidense *Bulletin of the Atomic Scientist*, fundada en 1946 y cuyas páginas acogieron varios de los escritos más brillantes en la materia.¹ En el verano de 1955 Bertrand Russell, Albert Einstein y otros nueve connotados hombres de ciencia hicieron desde Londres un dramático llamamiento a la conciencia de la comunidad científica e intelectual del planeta: "Ante la trágica situación a que se enfrenta la humanidad, creemos que los científicos deben reunirse en una conferencia para evaluar los peligros que han surgido como consecuencia del desarrollo de armamento de destrucción masiva y para debatir una resolución con espíritu solidario en favor de la paz [. . .] En esta ocasión no

* Miembro de la Redacción de *Comercio Exterior* y coordinador de la Sección nacional.

1. Una antología de los textos publicados en la revista puede verse en Len Ackland y Steve Mc Guire, *La edad nuclear* (Colección "Entre la guerra y la paz", dirigida por Miguel S. Wionczek), Coordinación de Humanidades de la UNAM-Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 404 páginas.

hablamos como miembros de algún país, continente o credo, sino como miembros de la especie humana, cuya supervivencia se encuentra en duda."²

Como respuesta a ese famoso manifiesto, en julio de 1957 un grupo de 22 científicos provenientes de diez países occidentales y del área socialista se reunió en la villa canadiense de Pugwash, Nueva Escocia. En un ambiente preñado de cordialidad, los asistentes examinaron a fondo los riesgos de la guerra nuclear y reconocieron su deber moral de contribuir a desterrar para siempre tan ominosa amenaza. Con esta convicción, acordaron organizar nuevas reuniones y nacieron así las Conferencias Pugwash de Ciencia y Asuntos Internacionales. En poco tiempo el Movimiento cobró un gran prestigio, y en la tercera conferencia, celebrada en Viena en septiembre de 1958, concurrieron 70 científicos de 20 países. Este encuentro fue tan exitoso como esperanzador. A la par con los empeños de despertar conciencia en la población y los centros de poder mundiales acerca del peligro bélico nuclear, los científicos e intelectuales congregados empezaron a discutir y definir medidas concretas para atenuar algunos riesgos del armamentismo engendrado por la "guerra fría".

Durante esta fase inicial, sin embargo, las Conferencias Pugwash representaron sobre todo un inapreciable foro de comunicación entre las potencias antagónicas por medio de sus respectivas comunidades científicas. Tales contactos abrieron paso a un intercambio de opiniones gubernamentales respecto a las pruebas nucleares. Asimismo, las actividades del Movimiento Pugwash no fueron ajenas a la resolución que la ONU aprobó en 1959 para advertir que "el desarme constituye la tarea más importante a que el mundo se enfrenta. . . [pues] la paz se ha basado en el equilibrio del miedo". También existen claras evidencias del valioso papel que desempeñó la organización durante la llamada "crisis cubana de los cohetes", que en 1962 puso al mundo al borde de una conflagración nuclear. En los momentos más tensos del conflicto, científicos estadounidenses y soviéticos ayudaron a evitar un choque armado entre sus países; además, el presidente de Pugwash, Bertrand Russell, cumplió una meritoria labor personal en favor de la paz. Otro fruto de las Conferencias Pugwash fue el de suscitar las negociaciones que culminaron en 1963 con la firma del Tratado de Moscú, en el cual Estados Unidos y la URSS se comprometieron a suprimir parcialmente los ensayos de armas nucleares.³ Pese a sus notorias limitaciones, dicho Tratado constituyó el primer documento que impuso una obligación jurídica —y no sólo un compromiso moral— para restringir el armamentismo nuclear. Por tanto, representó también el primer paso firme hacia el logro de las metas últimas del Movimiento Pugwash: el desarme general y la coexistencia pacífica de las naciones.⁴

Debido al carácter privado de las reuniones de Pugwash, la manera informal en que se presentan sus conclusiones a los gobiernos y el despertar de otros empeños en aras de la paz mundial, es difícil precisar los aportes reales del Movimiento a la solución de otros complejos problemas. De cualquier modo, sus

esfuerzos se identificaron con algunos progresos alcanzados de fines de los sesenta a mediados de los setenta hacia la aceptación de medidas para controlar el desarrollo y la diseminación de los armamentos nucleares. Entre esos avances figuraron el Tratado para la Proscripción de Armas Nucleares en América Latina, firmado en Tlatelolco en febrero de 1967; el Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares, suscrito en junio de 1968; los acuerdos de Prohibición del Emplazamiento de Armas Nucleares en el Espacio (1968) y en los Lechos Marinos (1971); el Tratado sobre Sistemas de proyectiles antibalísticos (1972), y otros acuerdos logrados en las Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas (SALT) que celebraron Estados Unidos y la URSS. Estas medidas contribuyeron a reducir las tensiones bipolares, alejar el peligro de una guerra nuclear y fortalecer las tendencias hacia la distensión internacional. El Movimiento Pugwash ayudó también a desbrozar el camino para la firma en 1972 del Acuerdo que Proscribe el Desarrollo, la Fabricación y el Almacenamiento de Armas Biológicas (primer acuerdo de desarme en estricto), así como el Acta de Helsinki sobre Seguridad y Cooperación Europeas (1975).⁵ De igual manera, el Movimiento buscó intervenir en la resolución de conflictos regionales como los de Vietnam, Biafra-Nigeria, India-Pakistán e Israel-países árabes.

La indeleble huella de Miguel S. Wionczek

Durante los primeros lustros de su existencia, en suma, el Movimiento se labró un amplio prestigio internacional. Proseguir las fructíferas actividades de los fundadores y pioneros significó un gran desafío. Más allá de galardones conquistados en el terreno de la ciencia, los continuadores principales del Movimiento Pugwash debían poseer una lúcida visión global de los problemas mundiales contemporáneos, un talento excepcional y un entusiasmo desmedido para luchar por el desarme y la causa de la paz. Sin duda, Miguel reunía esos atributos. Como sobreviviente de la segunda guerra mundial, desatada tras la atroz embestida fascista contra su natal Polonia, Miguel fue un tenaz defensor de la paz e instigador de cualquier esfuerzo por librar a la humanidad de un nuevo y definitivo holocausto. Nunca olvidó que cinco años de su juventud transcurrieran en medio de los horrores de la guerra, ni la forma casi milagrosa en que escapó del paredón durante la insurrección popular de Varsovia y menos aún que apenas tres de los 36 miembros de su generación universitaria quedaron con vida.

Merced a su temprana madurez y sólida preparación profesional, Miguel se incorporó en 1948 a la tarea de consolidar la recién creada ONU. Después de siete años de labores en la sede neoyorquina del organismo, en 1954 emigró a México para emprender una fecunda labor intelectual y reafirmar su vocación pacifista. Varios años más tarde, se unió al Movimiento Pugwash en cuyos encuentros pronto sobresalió en virtud de sus brillantes reflexiones antibélicas. A diferencia de la concepción predominante de los problemas de la seguridad mundial como de índole esencialmente militar, Miguel trascendió esos enfoques restrictivos al sostener que un orden económico internacional justo, el alivio de la pobreza de la mayoría de la humanidad y el uso racional de los recursos del planeta constituyen condiciones indispensables de una paz duradera. Conforme a esta enriquecedora visión,

2. "Manifiesto de Russell y Einstein", en Miguel S. Wionczek (coord.), *La humanidad frente a la destrucción total*, Secretaría de Educación Pública, México, 1985, p. 75.

3. Víctor F. Weisskopf, "Recordando Los Álamos" en Len Ackland y Steve Mc Guire, *op. cit.*, p. 46.

4. Conferencias Pugwash sobre Ciencia y Asuntos Internacionales, *El Movimiento Pugwash en su vigésimo primer año*, mimeo., Londres, 1985, pp. 1-2.

5. "Declaración de Principios del Movimiento Pugwash", en Miguel S. Wionczek (coord.), *La humanidad frente. . . op. cit.*, pp. 81-82.

respaldada por otros científicos sociales, el campo de atención del Movimiento se amplió a la persistente brecha entre los países industrializados y las naciones subdesarrolladas, el aprovechamiento de los recursos del planeta y las cuestiones energéticas. En 1974, por ejemplo, uno de sus grupos de trabajo elaboró un proyecto de código para regular la transferencia internacional de tecnología, el cual sirvió como base de las discusiones respectivas en la ONU. Al año siguiente, en una reunión del Movimiento en Tanzania se analizó el tema de la autodeterminación nacional de las estrategias de desarrollo.

La feliz combinación en Miguel de profundos conocimientos de las cuestiones relacionadas con la paz y probada capacidad como científico social, le merecieron el respeto de sus colegas. En 1976 fue elegido miembro del Consejo Pugwash, directorio responsable de definir las políticas y actividades del Movimiento, lo cual le permitió defender mejor la importancia de los asuntos del Tercer Mundo. Como representante del grupo mexicano, Miguel fue el artífice de la XXIX Conferencia Pugwash que en julio de 1979 se celebró en la ciudad de México. El tema del encuentro, primero en su género realizado en América Latina, fue el de la carrera armamentista en el mundo industrializado y el subdesarrollo de las naciones periféricas. Al inaugurarla, Miguel hizo una espléndida síntesis de sus ideas:

“Como científico social —expresó— he tenido oportunidad de recorrer la mayoría de las regiones atrasadas del planeta. He visto la miseria humana en las grandes ciudades de América Latina, en los campos de refugiados palestinos, en los países de Asia Meridional y hasta en pequeñas islas del Pacífico. Así, no solamente sentí en carne propia la destrucción de una guerra bárbara, sino además he conocido la destrucción física, social y rural derivada del subdesarrollo. Con base en esas experiencias, puedo apreciar cabalmente la grave situación internacional y comprobar la esterilidad de los debates acerca de si es más importante buscar detener la carrera armamentista, o bien lo es tratar de atenuar el costo social y humano del subdesarrollo. En mi opinión, para nosotros tan necesario es esclarecer el panorama político-militar mundial como la fenomenología del subdesarrollo, pues representa las dos caras de la misma moneda.”⁶

Para demostrar el interés general de los problemas del subdesarrollo, Miguel pensó que no era necesario recurrir a consideraciones sobre la responsabilidad histórica, política, económica o moral de los países desarrollados; simplemente le bastó revisar algunos intereses de estos últimos. Al elevar los riesgos de desestabilización política, caos o vacíos de poder en zonas estratégicas, las tensiones socioeconómicas en las naciones periféricas podrían trastornar el precario equilibrio bipolar y convertirse en detonadores de un conflicto incontrolable. Desde ese punto de vista, juzgó imprescindible que ambos bloques justiprecien la trascendencia de los fenómenos del subdesarrollo y asuman la responsabilidad correspondiente. Cualquier progreso hacia el desarme beneficia a América Latina, Asia y África, tributarias tradicionales de la carrera armamentista; sin embargo, para esas regiones el objetivo de paz no se limita a ese campo ni a la dimensión política. Como defensor de esas tesis, Miguel cumplió con creces la difícil tarea autoimpuesta de “convencer a las comunidades científicas del Movimiento de que el desarme y el desarro-

llo o, por contraposición, la carrera nuclear y el subdesarrollo, se entrelazan en una misma realidad y no son problemas de distinta prioridad”.⁷

La XXXII Conferencia Pugwash se llevó a cabo en Varsovia en agosto de 1982. Allí, en el mismo escenario de sus aciagas experiencias de la guerra, Miguel fue reelegido miembro del Consejo para el período 1982-1987 y pasó a formar parte del Comité Ejecutivo (encargado de aplicar las decisiones del Consejo). En conmemoración de los 25 primeros años del Movimiento, se adoptó una declaración sobre los peligros de la guerra nuclear en la que se reconocía en “la trágica e inaceptable brecha económica entre las naciones más ricas y los países subdesarrollados, otra causa importante de tensiones y conflictos que podrían llevarnos al holocausto mundial”. La declaración fue suscrita por 111 ganadores de premios Nobel.⁸ Tres años después, por iniciativa de Miguel y el grupo latinoamericano del Movimiento, en la ciudad brasileña de Campiñas se realizó un seminario acerca de la crisis de América Latina. Como secuela, en febrero de 1987 se celebró en Lima el XLVIII Simposio Pugwash sobre la Deuda Externa y la Estabilidad Internacional.⁹ En él Miguel tuvo nueva oportunidad de vertir generosamente su sabiduría económica, demostrar los nexos entre la lucha contra el subdesarrollo y la búsqueda de la paz, y defender las aspiraciones de los países del Tercer Mundo. En septiembre de ese año tuvo lugar, en Gmunden, Austria, la XXXVII Conferencia. Una vez más Miguel recibió un apoyo unánime para formar parte del Consejo Pugwash, reconocimiento elocuente de sus invaluable contribuciones y que sólo se interrumpieron con su muerte en junio de 1988.

Más de 2 500 científicos han participado en las 38 conferencias, 53 simposios y decenas de seminarios del Movimiento. En todos los encuentros prevaleció el debate libre con espíritu abierto, sin importar ideologías ni compromisos políticos, lo cual suscitó un amplio consenso en torno a los problemas mundiales examinados. Lejos de desaparecer, en algunos aspectos se han agravado los peligros que hace 31 años motivaron el nacimiento del Movimiento Pugwash. Los proyectos de colocar armas en el espacio extraterrestre amenazan con desatar una nueva carrera armamentista, mientras que el ahondamiento de la desigualdad económica entre las naciones atenta contra la estabilidad del orden y el futuro de muchos países desarrollados. Los empeños de Pugwash deben redoblar, explorar nuevos senderos y aprovechar las enseñanzas del camino andado. Aun cuando los científicos no pueden asegurar la paz mundial, se ha comprobado que sus aportaciones intelectuales facilitan ciertos progresos, como el reciente acuerdo estadounidense-soviético para eliminar algunos misiles nucleares de corto y mediano alcances. Como señaló Bertrand Russell, fundador del Movimiento Pugwash, en *Los caminos de la libertad*: “El mundo que tenemos que buscar es un mundo en el cual el espíritu creador esté vivo, en el cual la vida sea una aventura llena de alegría y de esperanza, basada más en el impulso de construir que en el deseo de guardar lo que poseemos y de apoderarnos de lo que poseen los demás. [. . .] Un mundo así es posible; espera solamente a los hombres que quieran crearlo.” Miguel fue uno de ellos. □

7. *Ibid*, p. 7.

8. “Declaración de Pugwash sobre los peligros de la guerra nuclear”, en Miguel S. Wionczek (coord.), *La humanidad frente. . .*, op. cit., pp. 167-171.

9. “La deuda externa y la estabilidad. Informe del XLVIII Simposio Pugwash”, en *Comercio Exterior*, vol. 37, núm. 4, abril de 1987, pp. 323-324.

6. “Discurso de Miguel S. Wionczek, presidente del grupo mexicano del Movimiento Pugwash, pronunciado en la reunión inaugural de la XXIX Conferencia Pugwash”, mimeo., México, julio de 1979, p. 2.